

La Cañada

Al fondo, la suave bruma de la amanecida, difumina un poco la brava esbeltez de las montañas pirenaicas dando la sensación de llevarlas a una lejanía mayor.

Allí, en aquellos montes elevados y puntiagudos como agujas, se encuentran en sus faldas, verdes pastizales que el calor del incipiente verano ha despojado de nieves.

Hasta allá han de ir estos rebaños de ovejas que ahora están abandonando estas tierras de la navarra llana.

Llanura navarra. Tierras rojizas y pardas que se sofocan de sed; que saben de correrías de moros y baluartes de amparo. Ahí se van quedando los campos de trigos ondulantes y los viñedos y los olivares y las colinas abiertas, despedazadas, desnudas, que guardan añoranzas de umbría que antaño les daba bosques de pinos.

Un viento de fuego trae de lejos pedazos de una canción bardenera que habla de labradores y noches estrelladas. Y se lleva a empujones el polvo del camino estirado que el inquieto rebaño va despertando a su paso.

A lo alto de la sierra, con vueltas y revueltas, sube la Cañada Real dejando muy abajo, en la extensa planicie, aldeas que se confunden con el color de la tierra y un río que brilla como si encauzara púrpura de plata.

Ya no hay olor a tomillo ni se ven lomas erizadas de chaparros punzantes, ni balsas con orillas verdosas. No hay horizonte. Solo arriba un cielo infinitamente azul.

La cañada, vieja y gastada, se mete sierra adentro cruzando entre bojes y encinos en los que las ovejas dejan colgando hilachas de lana. Y pasa ante una fuente arrinconada que llora muy despacio el abandono de una ermita en ruinas.

La cañada orilla torrenteras sin agua y llenas de cascajo, y esquiva barrancos de los que sube un vaho caliente, pegajoso, irritante.

La marga, prensada y podrida, se ha cambiado por la caliza blanca y agujereada; y los encinos en pinos altos, recios, esbeltos, que lo llenan todo de olor a resina.

El viento de la noche juega con la hoguera del pastor y roba de ella puñados de estrellas diminutas para llevarlas adentro del bosque.

Más tarde se pasa por unas praderas muy verdes donde hay grupos de bojes que, a corros, se arriman rodeando sepulturas de un remoto pasado.

Después ya no hay paso por el monte. Porque en aquellos parajes se encuentra lo inaccesible, lo impenetrable, lo salvaje, lo angustioso. Un caos de roca y vegetación lo inunda todo.

Paredones enormes que se hunden en un fondo confuso de arbustos. Grietas, oquedades, bojedal duro, alto, prieto, zarzas que se enlazan unas con otras, chaparros cerrados, encinos enmarañados. Por eso el camino, asustado, abandona aquel lugar y se baja de prisa a la carretera y al río truchero que va a la par.

Las esquilas de cobre del ganado campanean sin compás y con estruendo por las calles empedradas de los pueblos pirenaicos. Luego se mete el rebaño por una foz muy abierta y hermosa por la que desciende el agua violentamente, chocando en las rocas que se han caído al río y en los troncos ya podridos.

Y emprende la subida a la montaña que arrincona nieves que nunca se van. A veces el camino, que huele a fresas y violetas, se estrecha tanto que las ovejas han de formar una fila larguísima y recta. De lejos parecen tiras de nieve.

En la majada recién arreglada se ha quedado el pastor y su rebaño. Con el perro pequeñito, feo y esmirriado, pero valiente y admirable.

Aquí estarán durante unos meses. Hasta que las nieves primeras comiencen a descender de las altas cumbres para tapar avariciosamente los verdes pastizales que crecen en las faldas del Pirineo.

EDUARDO MAULEON.